



Mario Córdova

# Con ustedes, la selección chilena operática

**E**n varias ocasiones esta columna ha destacado cómo a paso muy seguro, en los últimos años, se fue consolidando en nuestro medio una generación de cantantes de ópera verdaderamente dorada. Son chilenos ya consagrados que hoy compiten, de igual a igual, con las voces internacionales que nos visitan en las grandes producciones.

Ante tan feliz realidad la actuación conjunta de un generoso contingente de estos artistas se planteaba como un espectáculo muy esperado, que por fin llegó.

El Teatro Municipal de las Condes tomó la batuta y, con la producción de la inagotable Myriam Singer, ofreció en cuatro jornadas a sala repleta "Grandes Momentos de la Opera". Junto a una orquesta y un coro que sumaron cincuenta integrantes, dirigidos por Eduardo Browne, se tuvo a Yaritza Véliz, Ángela Marambio, Paulina González, **Marcela González**, Pamela Flores, Patricia Cifuentes y Maribel Villa-



roel (sopranos); Evelyn Ramírez (mezzosoprano); José Azócar y Sergio Járlaz (tenores) y Patricio Sabaté (barítono). Se podrá decir que faltaron bajos y sobraron sopranos, pero lo cierto es que aquí estuvo – por gran primera vez – lo más granado y aplaudido de la ópera nacional. Eso vale millones y acalla cual-

quier cuestionamiento al desequilibrio en las voces.

En un espectáculo sin cortes, de una hora y cuarto de duración, en que cada uno de los nombrados cantó una sola aria, se sumaron tres intervenciones del coro y orquesta, más el "Brindis" de "La traviata" final muy bien repartido entre todos.

Quedó un fuerte gusto a poco, tanto por brevedad de la velada misma como por la imperiosa necesidad de que, con otros repertorios, otras voces y la cabida de dúos, tríos y grupos solistas mayores, esta exitosa experiencia se repita.

Sin revisar individualidades y el desempeño de Browne y sus dirigidos, todo del mejor nivel, debe destacarse la mirada innovadora que Myriam Singer lanzó sobre la ópera. En tiempos en que este género está siendo dominado por las propuestas visuales, ella dispuso alternadamente a los cantantes (caracterizados según fuera su personaje) en tarimas a ambos lados del escenario, dejando al centro una enorme pantalla. Allí se fueron mostrando imágenes de sutil ambientación, pero también otras más agudas y distractivas, incluso con los propios personajes en acciones diferentes a su estático canto en carne y hueso.

Bien por esta inédito y magnífico espectáculo en que juntos, los artistas y el público, lo pasaron muy bien.